

Chusma la abuela

Estefi Vicens



Capítulo 1

Chusma la abuela.

Cuando entré a su casa ví a la abuela quieta parada frente a la ventana. Miraba para afuera. Estaba arreglada: aretes de perla, la boca con rush y los ruleros habían dejado la ondulación perfectamente circular sobre el pelo corto rubio, que le regalaban unos centímetros más a su estatura baja. La pollera tubo hacía juego con una camisa a lunares blanca y negra. Y el cutis brillaba de crema anti--age. Con la mano izquierda parecía sostenerse agarrando la cortina:

--¿Qué estas chusmeando abuela? – le dije y pegó un salto.

-- ¿Pero, y a vos qué te importa lo que yo hago? — dijo con cara de susto como si la hubiera descubierto en una travesura— es mi casa y yo quiero chusmear, chusmeo todo de acá, asíque no me rompas ¡A mí me gusta chusmear!

-- ¿Y qué estás viendo? –le insistí.

-- Y nada, muchas veces me siento acá así, – se sienta en la silla dispuesta hacia la ventana— porque me canso de estar parada – sostiene una larga carcajada.

-- ¡Tanto va a chusmear! ¿Qué te quedas mirando, dos horas, más o menos? –tambien me río.

-- No, dos horas no, pero una horita y media seguro que me quedo viste – sigue la risa.

-- Qué chusma de miercoles que sos eh.

-- ¡Shh! Guarda, que pasa gente por ahí y yo acá no hablo, pero vos estás hablando al pedo. ¡Parápará! ¿Ese no es el auto del contador? –dice exaltada mirando— A ver -- yo tengo que quedarme acá para controlar quienes paran acá. ¡Ahí va! ¡Ahí va! . Pasó para allá – señala la entrada de la casa.

--¡Re Chusma!— le digo y no deajo de sonreirle.

--Está bien, pero, de acá yo manejo todo – larga otra carcajada mientras sacude sus manos con las palmas hacia arriba en el aire— Por eso vienen

todos después a preguntarme las cosas. Porque creen que yo lo sé.

-- Y sí. Lo sabés.

-- Y sí. Y no se los voy a decir, porque tengo códigos. Sino no puedo tampoco.

Le di un abrazo por la espalda. Mientras, sin interrumpir su tarea, agarró fuerte mis manos dándoles un apretón.

Me fui de su casa. Atravesé el jardín sabiendo que ella me estaba mirando. Con las manos en los bolsillos de mi campera de jeans, recorrí las cuadras del barrio, sintiendo que cualquier abuela está en esas ventanas cuidando los nietos mientras volvemos a casa.